

ADMINISTRACION
Calle del Cerro número 97
Montevideo

SEMANARIO FESTIVO
Director: EUSTAQUIO PELLICER

AÑO I — TOMO I
17 DE AGOSTO DE 1890
Número 5



PRECIOS
DE
SUSCRICION

MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS

Un mes	$	1.00
Seis meses	»	5.00
Un año	»	9.00

EXTERIOR

Los mismos precios, en moneda equivalente, con el aumento del franqueo.

Número corriente, 30 centésimos
» atrasado, 60 »

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

IMP. LIT. LA RAZON CALLE CERRO Nº 93 Y 97

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

FRANCISCO BAUZÁ



Tribuno de brillante inspiracion,
blanco de cútis, *rojo* de opinion,
y hasta el tuétano mismo, clerical.
No hay quien tenga mas fé en la religion
católico-apostólico....... oriental.

SUMARIO

TEXTO—«Zig-zag», por Eustaquio Pellicer—«Cuento», por Joaquín Baurá—«Por seguir á un galgo», (Capítulo I) por Luis Cardoso Carvallo—«Poesías», por Ricardo Palma—«El Jefe», por M. M.—«Teatros», por Caliban—«Sport», por Pío—Menudencias—Correspondencia particular—Espectáculos—Avisos.

GRABADOS—Francisco Bauzá—Variedades—Ricardo Palma—José Oxilia—Josefa Plá y otros, intercalados en el texto y avisos, por Schütz.



Se sabe que en la manifestación hecha el lúnes á la Unión Cívica de Buenos Aires, tomaron parte treinta mil personas, salvo algún que otro usurero, involucrado en el común de las gentes.

Por falta de tiempo no pudimos comprobar si esa cifra es exacta, pues una vez que nos pusimos á contar la concurrencia, empezó á gritar desaforadamente un señor que estaba cerca de nosotros, y como creyéramos que le hubiese ocurrido alguna desgracia, interrumpimos nuestra cuenta para preguntar:

—¿Le atropelló algún carruaje á ese señor?

—Debe ser que ha sentido alguna *puntada* en el costado izquierdo, porque se lleva la mano á ese sitio—nos observó uno.

—No es eso;—expuso otro—es una vena que se le ha debido romper en la parte de adentro, porque ha dicho en voz bien alta que tiene inundado el corazon de, no se qué.

—De sangre, será.

—No señor, ha dicho de otra cosa que era inmensa y sin límites.

—Eso no puede ser—interrumpió un tercero—será todo lo grande que lo permita el ancho de la vena, ó, cuando mas, la caja del cuerpo.

En esto, una oleada de gente nos condujo hasta muy cerca del señor que gritaba y nos explicamos las voces.

Era que pronunciaba un discurso patriótico, ensalzando la conducta de los que derrocaron á Juarez.

Los gritos debian tener por objeto que llegase el discurso hasta el oido de los Jefes de la revolucion.

Tambien averiguamos que lo que le inundaba el corazon no era sangre, ni líquido que se le pareciese.

Era, la dicha.

No hay nada que haga sentir tanto el fuego de la elocuencia, en la punta del pico, como las manifestaciones populares.

Al individuo que creais mas incapaz de decir «Buenos dias, señores» en voz alta, dadle gente que le rodée, muchos picos de gas que le alumbren, cohetes abundantes y un farol donde encaramarse, y se desbordará en raudales de inspiracion sobre cualquier asunto.



Porque, el asunto, es lo de menos; lo de mas es hablar y hablar con toda la conviccion mas imitada posible, para hacer ver que se tiene corazon sano y pulmones robustos.

No es que quiera decir con esto que los que llevaron la palabra en la manifestacion del lúnes, lo hicieran impulsados por móviles agenos á los del sentimiento mas puro, inspirado por la solemnidad del acto. ¡Líbreme Dios!

Es que no me puedo resignar á que hablen tantos y, sobre todo, á que lo hagan tan fuerte.

Y es, tambien, por que me recuerda muchos casos en que observé que los que hacían mas ruido eran los que menos tenian que ver con la cosa.

Cuando se proclamó presidente al Dr. Herrera, un sujeto recien llegado de Europa, se encontró al desembarcar con la comitiva que acompañaba al Doctor hasta la Cámara.

—¿A quién dan vivas?—preguntó el recien llegado.

—A Julio Herrera que ha sido electo Presidente.

Fué lo bastante. Desde ese momento sus ¡vivas! fueron los mas sonoros. Pronunció tres discursos en la calle Sarandí, dos en la Plaza Independencia y uno muy largo frente á la casa de Tajes.

El público le aplaudió á rabiar y le hubiera tomado por el mas entusiasta compatriota, si al final de su último discurso no dice:

—«¡Orientales! quiera el cielo que el laurel inmarcesible de la gloria, corone la venerable cabeza del Dr. Herrera, cubierta ya por la nieve de los años.»

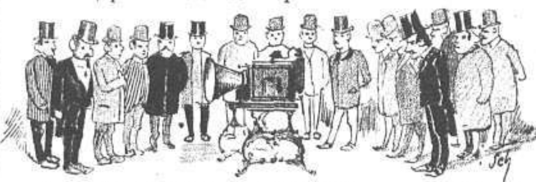
Habia tomado á Orejuela por el Presidente electo.

Luego he sabido que ese sujeto de espíritu manifestante, siguió viaje para la capital argentina.

Me apuesto el importe de treinta suscriciones á que fué el mismo que, segun los diarios, dirigió la palabra al Dr. Pellegrini, diciéndole entre otras cosas:

«Aún humeante la sangre de las víctimas en este suelo que nos vió nacer...»

Y el individuo me consta que es natural de Murcia, provincia de España.



La Universidad ha adquirido un fonógrafo. La otra noche le probó ante numerosas personas, invitadas al efecto.

El aparato, muy parecido en su forma á una máquina *Singer*, habló con fácil palabra é inspirados conceptos y cantó con voz, algo engolada sí, pero no exenta de sentimiento musical. La accion dramática no la pudimos apreciar por estar guardada en una caja.

Uno de los concurrentes, creyendo que el aparato era una persona mal configurada, le preguntó:

—¿Sabe V. si el Banco llamará á la conversion en la fecha que ha prometido el Gobierno?

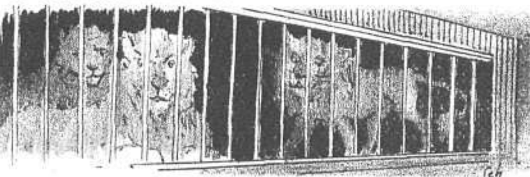
Otro individuo, abandonó rápidamente el salon al oir hablar en inglés al fonógrafo, y cuentan que dijo al salir.

—¡Hasta en los aparatos de física me he de encontrar con *ingleses!*

Segun el Dr. Williman, el fonógrafo repite cuanto se le habla, de lo que deduzco que el perfeccionamiento del aparato no llega todavía á reproducir los discursos de muchos honorables señores que tienen asiento en nuestras Cámaras.

Verdad es, que para conseguir esto, basta inventar un aparato que pueda moverse á voluntad, de arriba abajo y de izquierda á derecha.

Para mas propiedad, puede dársele la forma de una cabeza humana.



La Bolsa sigue en baja; los negocios paralizados y el pan, al alcance de muy determinadas personas. Es casi una golosina.

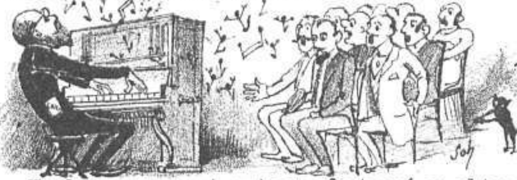
La única salvacion posible que se nos presenta, es aceptar el reto que en grandes carteles nos hace la empresa del Circo Oriental.

Dice que dará ¡quinientos pesos! al que se meta en la jaula de los leones.

Dura es la prueba, pero no tendremos mas remedio que sucumbir á ella.

Para fortalecer nuestro valor diremos lo que decia un amigo nuestro:

—El que ha vivido catorce años bajo el mismo techo que su suegra, y tiene que habérselas dia á dia con el dueño de la casa, bien puede atreverse á alternar con animales feroces!



En la semana entrante se efectuará en el teatro Solís una interesante función á beneficio del célebre compositor y concertista de piano Dalmiro Costa.

Dalmiro Costa, es oriental, y un verdadero génio, aunque algo corto de vista.

Vive por la música, para la música y no me atrevo á decir que con la música, porque con ella, como con los versos, son muy contados los que pueden vivir.

Oyendo tocar el piano á Dalmiro, se olvida uno hasta de que tienen tarifa los carruajes de plaza y que D. Lindolfo Cuestas está en el Directorio del Banco para suplir al primero que se le presente.

En fin, caballeros, cuando vean anunciado el beneficio de Dalmiro Costa, apresúrense á tomar localidad, cueste lo que cueste, porque van á oir á un hombre que vale mucho.

Vale tanto, que apreciado monetariamente, podría decirse que es un pianista de *cuatro setenta.*

EUSTAQUIO PELLICER



Un ricacho de un lugar,
dueño de mil posesiones,
y de casas, y doblones,
y de molino y lagar.
tuvo la feliz idea
de hacer sacar una copia
de una finca linda y propia,
que es la que más le recrea
Hizo venir un pintor
de fama reconocida,
y fué con él en seguida
(porque esto era de rigor)
á enseñarle el sitio aquel
que tenia que pintar,
digno, en verdad, de ocupar
la paleta y el pincel.
Dan vueltas en derredor,
ninguno de los dos chista,
hasta que el punto de vista
llegó á encontrar el pintor.
Y sacando una cartera,
un lápiz y un gran papel,
empezó á tomar en él
apuntes á la ligera.
El propietario al ver esto
exclamó:—¿Usté pintará
la casa tal como está?
—Tal como está, por supuesto.
—¿Hará usted el emparrado?
—Sí, señor.—Desearía
que hiciese usted, si podía,
un caballo aquí parado.
—Sí, señor; le pintaré.
—¿Hará muy bien, verdad?—Sí.
—Diga usted. ¿Y un burro aquí...
—El burro donde usté esté
haría mejor efecto.
—Un guarda también quisiera...
—Puedo hacerle aquí, más fuera.
—¡Va á ser un cuadro perfecto!
¿Y la puerta estará abierta?
—Como la está usted mirando.
—¿Y cabe un perro ladrando
aquí, al lado de la puerta?
—Sí, pero más en el centro
es donde voy á pintarle.
—Y quisiera que al mirarle,
corriendo se entrase dentro.
—¿No podrá ser?—¿Por qué no?
—Por que eso le hará subir
de precio.—No hay que decir
nada de eso,—contestó.—
Que valga lo que valiere
yo lo pagaré, con tal
que entre y salga el animal.
—Lo haré como usted lo quiere.

Concluído el cuadro, agradó
muchísimo al propietario;
y al cura y al boticario,
y á todos entusiasmó.
—¡Es exacto el parecido!
¡Todo está perfectamente!
Una cosa solamente
noto que echó usté en olvido,
y es el perro, que no encuentro.
—Porque en cuanto le miré—
contestó el pintor—se fué
á la casa, y está dentro.

JOAQUÍN BAURÁ



CAPÍTULO I

DONDE APARECE EL GALGO

Un sol de invierno, amarillento y tibio, batía las puertas que daban al gran patio del conventillo de don Ignacio, y secaba aquellas baldosas rotas é informes que la encargada, doña Leocadia, había lavado con escoba dos horas antes.

Poco á poco, se abrían aquellas puertas para dar salida á las inquilinas, que, soñolientas y desgreñadas, sacaban el brasero, al cual arrimaban la charamusca, encendida con un cabo de vela, ó se dirigían al pozo al rededor del cual se cambiaban los saludos matinales, ó iniciaban el diario tejido de la murmuracion.

—Buenos dias, doña Leocadia—decían todas dirigiéndose á la encargada, vieja cincuentona, de aspecto hombruno, rica en carnes y de lábia inagotable, pues con ella había alcanzado á colocarse en el patio, como mediadora en todas las cuestiones y pacificadora en todas las riñas, amén de otros derechos que ella reclamaba y que fundaba en la confianza que le merecía á don Ignacio.



—Buenos dias—contestaba ella, mientras se alisaba el pelo con un peine, junto á la puerta de su cuartujo, desde el cual dominaba el ancho patio con sus filas laterales de cuartos numerados, cuyas puertas pintadas de verde, rompian la monotonía de aquellas paredes blanqueadas, que encerraban en enorme cuadrado: las piletas alineadas en el fondo; el algibe insondable de brocal de piedra, negro y gastado; las cocinas raquíticas y sin ventilacion; la red de cuerdas que de un lado á otro se extendían, y de las cuales colgaban, lácias y húmedas, las ropas enjuagadas en la noche anterior; las gallinas flacuchas, que picoteaban el grano ó el resíduo olvidado por doña Leocadia en los intersticios de las baldosas durante su baldeo matinal; el gato haragán y friolento, que se espulgaba sobre un giron de sol, y los chicuelos sucios y haraposos, que las madres lavaban en tinas ó en cacharros, unas juntas á otras, sin interrumpir la charla inagotable, el comentario, el suceso del dia, que era siempre la prision del hermano de doña Pepa, la cigarrera, la enfermedad de doña Dorotea, paralítica desde siete años atrás, y con cuatro hijos, ó el alquiler que hay que pagar, sin apelacion, porque doña Leocadia no anda en chicas y enseguida pide el cuarto.



—Este muchacho me tiene loca—esclamaba doña María, la costurera de gente principal, acreditada por sus hilvanes, mientras martirizaba á un muchachote regordete y rojo, arrimada á la pileta, en donde lo enjabonaba antes de darle el desayuno para enviarlo al colegio.

—Juancito, traeme el brasero—vociferaba desde un fondo del patio la mujer del sereno, al mismo tiempo que sacaba del fondo de un cajon, la ropa empapada y retorcida que empezaba á almidonar con cuidado, antes de ponerla sobre la tabla de la plancha, al mismo tiempo que doña Leocadia, ya peinada y con su delantal de zaraza azul, iniciaba la tarea higiénica de ventilar su cuarto, colocando sobre sillas los cobertores y las sábanas de su lecho y junto á la puerta los trebejos de uso para que el aire de la mañana los desinfectara.

Entretanto, el sol matizaba con luz mas fuerte el patio que se animaba con la conversacion de los vecinos, que casi todos se habían levantado y se presentaban en las puertas restregándose los ojos, unos, á medio vestir, otros, y los más, cambiando salutaciones con los de *al lado*, viejos amigos, de los primeros inquilinos, abejas fundadoras de esa colmena en que no habia un zángano que conturbara la diaria armonía y la paz existente en el conventillo.

De cada cuarto salian dos ó tres muchachos que, á saltos, se repartían por el patio y por las piletas, poniendo en cuidado á doña Leocadia que veía en peligro la limpieza de sus dominios y que la obligaban á que les ordenara que salieran á la calle, en tanto que las niñas, prendidas del vestido de las mamás, interrumpian el corrillo decidor y charlatán formado alrededor del algibe, con sus preguntas y sus lloriqueos; mientras allá en el fondo, en una sombra enorme, se agitaban en peloton informe las madrugadoras, junto á los lavaderos desbordantes de agua enjabonada, de entre cuya espuma sacaban, estiradas y goteando, las piezas de ropa que retorcian febrilmente, despues de golpearlas, para arrojarlas en la batea ó para prenderlas con alfileres en las cuerdas sostenidas por cañas ó atadas de una reja á un clavo.

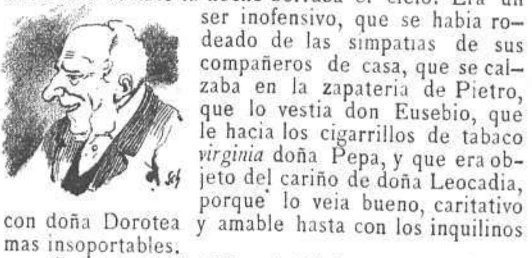


Ya el sastre D. Eusebio, sentado sobre la mesa, había iniciado el remiendo del pantalón que no pudo terminar la noche anterior, no sin haber encendido antes el hornillo sobre el cual se caldea la plancha de asentar las costuras; ya Pietro, el zapatero del barrio, aturdia el patio con sus martillazos en la suela dura, que resonaban con eco metálico; ya el panadero habia dejado aquí y acullá los panes de su cesto enorme, despues de recoger el precio y las reclamaciones de las marchantas: ya el cuadro, siempre igual, de aquel patio turbulento, adquiría su verdadero aspecto, un aspecto indecible, lleno de escondidos detalles, de sombras y de claridades, de quejas y de alegrías, confundidas ó combinadas, sobre aquel piso de baldosas rotas, siempre limpias y siempre súcias, sobre las cuales se agitaban los inquilinos en permanente promiscuidad y respirando una atmósfera que apenas podia purificar el sol que por todo el pátio se repartía en ondas de luz clara y vivificante....

—Doña Leocadia ¿ha visto á don Andrés? ¿Cómo no se ha levantado todavía?—preguntaban á la encargada, las vecinas, interesadas por conocer las causas que obligaban al vecino del número 8 á permanecer con su puerta cerrada. Estrañaba toda aquella gente que don Andrés no hubiera abierto su ventanilla, una ventanilla de un solo vidrio, por la cual se colaba todas las mañanas el rayo de sol que alejaba el sueño de sus ojos. La ventanilla permanecia cerrada y eran ya las nueve....



Un viejo rentista era don Andrés: un hongo surgido no se sabe cómo, ni cuando, ni donde: un viejecito de 60 años, alegre, paqueton, amigo de enamorar á las muchachas lindas de la casa, siempre con una declaracion para ellas, con un consejo para los vecinos, y con una caricia para los chicos: un madrugador que abria su ventanita y desde ella contemplaba las primeras agitaciones del pátio, dando tiempo á que hirviera en el reverbero el agua con que se hacia él mismo su desayuno—thé ó café y galletitas *Numancia* con anis—un original á quien nadie visitaba, que habia hecho de su existencia un cronómetro, y que vivia de la renta de dos casas que administraba don Ignacio, el dueño del conventillo. Se levantaba con el dia y se encerraba cuando la noche borraba el cielo. Era un ser inofensivo, que se habia rodeado de las simpatias de sus compañeros de casa, que se calzaba en la zapatería de Pietro, que lo vestia don Eusebio, que le hacia los cigarrillos de tabaco *virginia* doña Pepa, y que era objeto del cariño de doña Leocadia, porque lo veia bueno, caritativo con doña Dorotea y amable hasta con los inquilinos mas insoportables.



—Qué le pasará á don Andrés?—decía la Juanilla con maliciosa curiosidad, dirigiéndose á la encargada que se entretenia en tejer una media.

—Quién sabe! contestaba esta, sin interrumpir su tarea.—Quizás haya pasado mala noche y casi estoy por llamar....

—Déjelo, doña Leocadía, no lo incomode—decia otra desde la puerta de su cuarto—ya se despertará con el barullo que le hace el zapatero... ¡valiente vecino!...

Los comentarios aumentaban entre aquellas gentes en pleno período de agitacion. Entraban y salian los fruteros y verduleros que atronaban con sus gritos al ofrecer sus mercancías. El ruido de la calle se confundia con el ruido de la casa, formando una nota vibrante y atronadora que se estrellaba en las paredes y se derramaba por las habitaciones. Los chicos unian á ella sus gritos atiplados que disonaban con las canciones de las vecinas, que, dobladas sobre las bateas ó entregadas á sus ocupaciones, matizaban con sus vestidos multicolores el fondo ahumado del patio, encuadrado entre las paredes caliginosas sobre las cuales el sol estampaba sus rayos.

Doña Leocadia sentia que la curiosidad la empujaba hácia el cuarto de don Andrés. Aquella puerta cerrada la tenia sobre ascuas. Abandonó su habitacion y dirigiéndose al cuarto núm. 8, golpeó, sin obtener contestacion.

Detrás de ella los chicuelos, y una ó dos mujeres se situaron en frente de la puerta, mientras don Eusebio, con las gafas azules enancadas sobre la nariz, se presentaba tambien cubierto de hilachas y de alfileres.

—Don Andrés! Don Andrés!—dijo con voz fuerte doña Leocadia, al mismo tiempo que empujaba la puerta y uno de los chicos se encaramaba en la ventanilla y golpeaba el vidrio.



Mujer práctica, doña Leocadia miró por la cerradura y vió que la llave estaba puesta del lado de adentro.

—¡Santa Leocadía, mi protectora! ¿qué le habrá pasado á don Andrés?—Y llamó con mas fuerza sin obtener respuesta.

El gran acontecimiento se dibujaba en el conventillo. Los vecinos abandonaban sus cuartos, las lavanderas, secándose las manos con los vestidos, se acercaban en grupos á la puerta, haciendo comentarios de todo género entre los que se destacaban frases de piedad para don Andrés. Doña Leocadia no sabia qué resolucion tomar. Temia ser indiscreta, y temia por su crédito de encargada del conventillo. Algo pasaba en la habitacion que no queria conocer. Dentro de su pecho se sublevaban delicadezas discretas, que eran dominadas por otra fuerza que hacia presion en su cerebro. Pero los comentarios de las vecinas la animaban. Allí habia una desgracia. No podia haber otra cosa. Era necesario concluir y salvar su discrecion y su responsabilidad.

—Don Joaquin, abra esta puerta—dijo á un vecino, al maestro carpintero de don Ignacio, el cual, valiéndose de un cortafierro y de un martillo hizo saltar la cerradura...

En tropel entraron los chicuelos, seguidos por doña Leocadia, que tuvo que retroceder á su vez, empujada por los chicos que, pálidos y asustados, se esparcieron por el patio, mudos de terror...

¡Habían visto á don Andrés acostado y atado en su cama de hierro, con la cara lívida y la boca apretada con un pañuelo blanco!

Don Andrés había sido asesinado! Era la noticia que corría por el conventillo agitando á todos, conturbando las tareas, atemorizando á las mujeres que se hacían cruces al pensar en ese hecho inaudito, increible, irregular en aquella casa pacífica, en la que nunca entró un comisario, ni siquiera de salubridad.

Horrorizada doña Leocadia, se echó á llorar en los brazos de doña Pepa, que levantaba los ojos al cielo, como si pidiese castigo para ese crímen, en tanto que las demás mujeres, teniendo á sus chicuelos por las manos, se repartían por las habitaciones para comentar el suceso á su manera, dándole el colorido tétrico que le correspondía y entregadas á las suposiciones más adversas, de muchas de las cuales, no salía muy bien parado el infeliz don Andrés. Toda la vida normal del patío, el lavado, los fregados, los barridos, las tareas culinarias, se había suspendido. Las gallinas y pollos se entretenían en picotear todas las ropas enjuagadas, y las tapas de las ollas que se hallaban sobre los braseros, saltaban á impulsos del hervor del puchero que *se cortaba* porque no había quien lo espumase.

Toda la actividad estaba en la puerta del cuarto de don Andrés. Un cuarto pequeño, pero siempre empapelado y amueblado con cierto esmero. Un escritorio antiguo en un extremo de la habitacion; una mesa en el centro con los cajones abiertos; un lavatorio y junto á él la cama de hierro: y sobre ella, rígido, helado, espantoso, el cuerpo de don Andrés.

¿Cómo se cometió ese crimen?

Nada se sabia. NO se le conocian enemigos ni tampoco se le conocian amigos. Su existencia metódica y sencilla no daba cabida á apreciaciones sobre sus condiciones morales, que eran intachables. ¿Quién pues, habia cometido ese crímen? ¿Y con qué móvil se cometió? El hecho de estar abiertos los cajones de la mesa, hace suponer que fué el robo. Pero el escritorio estaba intacto, en él guardaba don Andrés las escrituras de sus dos casas, en la habitacion no se notaban indicios de lucha violenta, anterior al momento del crimen, sobre las sillas se veia la ropa que don Andrés se sacó antes de acostarse, y su reloj de oro—un viejo *remontoir*,—estaba sobre el lavatorio, marcando la hora del momento. Sobre todo, la puerta habia sido cerrada por adentro y la llave estaba en la cerradura.

Profundo misterio envolvia el suceso y en descorrerlo se ocupaban los vecinos, cuando llegó el médico forense que constató la muerte de don Andrés por asfixia, extendiendo la papeleta de defuncion.

VARDADES

—No vaya usté á visitarme.
—¿Por qué, simpática Lola?
—Por que estoy en casa, sola,
y podian criticarme.

Si su amor ha de ser muy consecuente,
no sea usté en pedirme muy tardío,
pues ya vè que no estoy, amigo mio,
para pasar el tiempo inùtilmente.

—Esta es la mano, mi vida,
que he de pedir enseguida.
—Pero ¿ignoras que á Cipriano
se la tienen concedida?
—¡Pues pediré la otra mano!

—Ahi vá mi mujer con uno que ¡naturalmente! no debe ser su marido.

—Y para mantener à mi hija ¿con qué cuenta usted?
—Pues mire usted, yo, generalmente, cuento con los dedos. Es la mejor manera de no equivocarse.

Schütz

—¡Cuando llegará aquel dia
y aquella feliz mañana
que nos lleven á los dos
el chocolate á la cama!
(Cancion popular)

Viendo en un cuadro à Clemente,
decia anteayer Adela:
—Está tan perfectamente,
que parece enteramente
que se sale de la tela.

—Dime, mamá, ¿en qué se conoce la edad de los caballos?
—En los dientes, hija mia.
—¿Y si los usan artificiales, como tù?....

Suspiro tras de suspiro,
aún busca en su edad postrera,
algun jóven que la quiera.
¿No habrá quien la pegue un tiro?

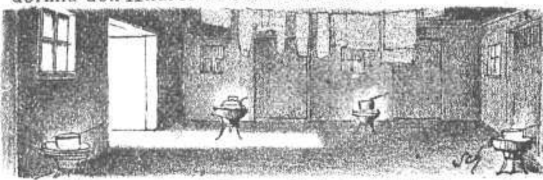
—Dame el *sí* ¡por compasion!
y haz que abandone, Vicenta,
esta mala posicion,
siquiera teniendo en cuenta
que me ensúcio el pantalon.

—¡Como yó le vuelva à ver
conversar con Dorotea!.....
—Pero hombre ¡si es mi mujer!
—Pues no importa ¡aunque lo sea!

Tres mozos de apariencia,
ingertos de melones,
que pasan la existencia
flechando corazones.

Schütz

Cayó la noche sobre el pátio del conventillo, que, mal alumbrado, parecia la boca de una cueva. Pero del cuarto de don Andrés salia un chorro de luz que clareaba, en parte, aquel cuadrado, en medio del cual se agitaban, tocadas por el viento, las ropas colgadas de las cuerdas y los carbones que se apagaban en estallidos entre las cenizas de los braseros; eran las luces de las seis velas que rodeaban el féretro en que dormia don Andrés el eterno sueño....



Vahidos y más vahidos asaltaban á doña Leocadia, que lamentaba la suerte infeliz de su inquilino, y cada vez que el amoniaco apaciguaba sus nervios preguntaba si se sabia ya quién era el asesino de don Andrés.

Al dia siguiente, cuando la calma renacia en su espíritu, oyó de lábios del zapatero Pietro estas palabras, que inundaron de sombras su mente:

—Doña Leocadia: el sereno de la esquina declaró que á las 3 de la mañana vió salir de aqui á un hombre acompañado por un perro galgo

—¿Un galgo?—se preguntó doña Leocadia.

Y en su cerebro se clavó, con pertinaz consistencia, la figura de un hombre acompañado por un galgo...

Luis Cardoso Carvallo

POESÍAS

DE



RICARDO PALMA

(ESCRITOR PERUANO)

Leña para el infierno

Diz que se confesaba un usurero,
enredista, tramposo, verdadero
tizón de la cocina
donde el demonio sin rival domina.
Y haciendo el desbalijo
de su conciencia, al sacerdote dijo:
—Padre, acúsome, á fuer de penitente,
que no tuve piedad del indigente,
y al que ví en un apuro
apretéle la soga, duro, duro.—



El buen fraile, que oíalo espantado
exclamó:—¡Desdichado!
¿y no pensaste nunca que algun dia
á juicio el Justo Juez te llamaria?
—Ah! la cosa dá largas ¡por mi abuela!
(gritó contento el hombre-sanguijuela).
Si Dios es Juez de paz, no me querello
de andar entre escribanos.... ¡qué me place!
Entáblese demanda.... ¡vengo en ello!...
que despues.... ya veremos lo que se hace.



La gran noticia

A un viejo que pasaba por la calle,
una niña bonita
y de arrogante talle
detuvo del faldon de la levita,
diciéndole:—Señor, por vida suya,
quiero que usted me instruya
de las nuevas que aqui me participa
una tia que tengo en Arequipa—
Y, sin mas requilorio,
una carta pasóle al vejestorio.

Cabalgó el buen señor sobre los ojos
un grave par de anteojos;
el sobre contempló, rompió la oblea,
la arenilla quitó de los borrones,
examinó la firma, linda ó fea,
y se extasió media hora en los renglones.

Ya de aguardar cansada,
—¿Qué me dicen, señor?—dijo la bella—
Y el viejo echó á llorar diciendo:—Nada!
has nacido, mi bien, con mala estrella—
Asustada la jóven del esceso
de llanto del anciano,
le preguntó:—¿Quizá murió mi hermano?—
y el viejo respondióla:—Es peor que eso.
—¿Está enferma mi madre?—Todavia
es peor cosa, hija mia.
No puedes resistir á esta desgracia...
yo, viejo y todo, me volviera loco!
—¿Qué ha sucedido, pues, por santa Engracia?
—Que tú no sabes leer... ni yo tampoco.



Típico

En la diestra picóle á un escribano
ponzoñoso escorpion El cirujano,
á remediar llamado la avería
exclamó:—¡No hay tu tía!
esta es la mas atroz de las dolamas...!
cloroformo, serrucho y ¡fuera mano!
Otra cosa es andarse por las ramas.—
E hizo la amputacion. De su letargo
el paciente volvió con llanto amargo,
y maldiciendo mas que un carretero.
—¿A qué viene la queja? ¿Refunfuñas
porque salvas la vida, majadero?
—No lamento mi mano, caballero.
—Entonces ¿por qué lloras?—Por mis uñas.



¡¡El Jefe!!

¡Y murmuran de caseros!
¡Y hablan mal de cuñados y sobrinos!
¡Y escriben diatribas contra las suegras!
¿Pues dónde me dejan ustedes, gacetilleros gruñones, dónde me dejan ustedes el jefe?

Paguen ustedes con puntualidad, y verán á la patrona dócil y al casero complaciente.

Tengan ustedes un poco de carácter, y el cuñado ó el sobrino se reducirán á sus naturales límites.

Rompan ustedes con el tradicional odio á las suegras, sean con ellas tolerantes, y las verán sonrientes y dóciles.

Pero el jefe... ¿me quieren ustedes decir qué puede hacer un hombre para desarrugar el ceñudo entrecejo del jefe?

El jefe no se sonríe nunca.—¡Qué dirian!—Nunca se interesa por la salud de ustedes.—¡Es superior á esas cosas!—Saluda poco ó nada.—¡Cada cuál ha de mantenerse en su terreno!

¿Gastar un jefe una broma? ¡Calle usted por Dios! ¡Se resentiría la disciplina!

¿Darle á usted un cigarro? ¡Voto á San! ¿Somos todos iguales?

¿No se ve continuamente que el hombre á quien un superior le dá la mano se toma brazo y todo, se cree igual á él é interpreta torcidamente las confianzas?

¡Cuidadito con eso!

El jefe—sobre todo, el jefe que sabe serlo—debe copiar la cara, las actitudes y las maneras de esos barbas de teatro de provincia, que en las comedias y dramas hacen de padres ofendidos, ó de reyes á la antigua española, ó de banqueros seductores, ó de capitanes de navío, ó de traidores desalmados.

Siempre mala cara, como si tuvieran dolor de muelas ó reuma crónico.

Despego, mucho despego, como hombre conocedor del mundo y harto de la vida y enemigo de sus semejantes.

Hablar poco; pero lo poco que se hable, que se oíga. Gran vozarron, así como dicen que habló desde el Sinaí á los israelitas el Supremo Hacedor. Alguna interjeccion de cuando en cuando, mucha admiracion y mucha interrogacion en el diálogo.

—¿Dónde tiene usted los ojos?—¿En qué está usted pensando?—¿Cómo es usted tan torpe?—¡Qué lástima de pan el que usted come!—¡Lástima de sueldo que le dan á usted.

Para el jefe es usted un sér inferior en el órden humano, lo cual no quita para que todos los conocimientos que usted tiene le parezcan pocos.

Sucede lo que á muchas de nuestras mujeres con nuestras criadas. Quieren que una moza de diez pesos al mes sepa coser, aplanchar, culinaria, como Brillat-Savarin, leer y escribir, pero con ortografía, cantar con afinacion, hablar como nuestros clásicos y vestir con arreglo al figurin.

El jefe quiere que un empleado de 50 pesos sepa francés, inglés, aleman, algo de partida doble, su poquito de dibujo, elementos de legislacion, cálculo mercantil é historia sagrada, desde Adan hasta nuestros dias

La infalibilidad que no se ha podido encontrar para los jefes visibles de la iglesia, es preciso que sea circunstancia indispensable en los subalternos.

El jefe puede equivocarse, casi estoy por decir que debe equivocarse. ¡Tiene mucho en que pensar! ¡Lleva muchas cosas en la cabeza! ¡No puede estar en todo! ¡No debe de cender á ciertos detalles!

Pero en cuanto á usted, ya es otra cosa. La menor equivocacion le convierte á usted en torpe, descuidado, imbécil, atolondrado, estúpido.

El inferior debe dar al olvido sus dolores y echar la llave á los recuerdos.

Si la esposa está á punto de salir del paso, como suele decirse, ó si los chiquitines rompen demasiados zapatos, ó si el casero ha enviado la última intimacién, debe usted olvidarlo al sentarse á trabajar.

Así como el público pide gracias al actor cómico aunque acaben de enterrar á un ser querido, el jefe pide á V. cara complaciente, afabilidad en sus maneras, acento cariñoso y respetuoso en las preguntas, y una salud á prueba de bomba.

—¿Estar V. enfermo? ¡A ver, á ver! ¿Cómo ha sido eso? ¡Quince dias enfermo! ¿Con qué derecho? ¿Con permiso de quién? Los pobres no están enfermos nunca. ¡Lo que es V. es un gandulón, un vicioso, un haragán!

Al traspasar el umbral de la oficina, quedan rotos los vínculos que unen al jefe con el subalterno, y se mantienen firmes los vínculos que unen al subalterno con el jefe.

¡Cuidadito con que al tropezarse V. en la calle con el jefe no deje V. la acera libre y se quite el sombrero y aun haga intención de quererse quitar la cabeza!

¿Que él no corresponde al saludo? ¡Bueno; pero hágase V. cargo! ¡No le ha conocido á V.! ¡Conoce á tanta gente! ¡No creyó que era saludo! ¡Se figuró que iba V. á pedirle algo!

A veces, el jefe se fija en V. por distraerse, por ver la facha de V.

¿Lleva V. un roto, un descosido, ropa no respetada por la intemperie y los años? ¡Qué adán! ¡Qué desgalichado! ¡Son pobres y sucios!

¿Lleva V. saco nuevo, porque alguna vez lo ha de ser? ¡Eche V. lujo! ¡Así no ahorran un cuarto, y son pobres toda la vida! ¡Y sabe Dios de dónde saldrá tanto lujo, porque con el sueldo solo, no tiene ni para agua!

En fin, que cuando es V. niño le dicen para amedrentarle: «¡Qué viene el coco!» Y cuando llega V. á hombre le asustan á V. los compañeros, diciendo á media voz: «¡Que viene el jefe!»

Eso sí; así como en el órden gradual de la familia el hombre que hoy es yerno y murmura de su suegro es mañana suegro y se vé murmurado, así en la jerarquia social el subalterno llega á jefe y se toma con sus inferiores la revancha de lo que el jefe le hizo á él sufrir.

Por eso los anarquistas, que persiguen una igualdad social encantadora, no verán jamás realizados sus ideales.

Todos vivimos con jefe, algunos los tenemos por docenas, como se tienen las viruelas.

El jefe es nuestra pesadilla, nuestro desvelo, nuestro martirio.

Y si los suicidas tuvieran algo mas de apego á la verdad que al romanticismo, alguna carta de las que se encuentran junto al clásico revólver, diria así:

«Señor Juez: No se culpe á nadie de mi muerte. Me mato para descansar, para no tener jefe.»

¡Ah! Lectores mios: ¡Bienaventurados los vagos, porque ellos no tienen jefe!

M. M.



De nuevo tenemos ópera, y de la buena. Nuestro gran tenor Oxilia, conquista en el Politeama tantos lauros como conquistó en Solis la pasada temporada. Ha dado *Lucía* con la Svicher; *Favorita* con la Condé; *Lucrezia* con la Gini, y noche á noche ha notificado la opinion que desde un principio se formaron los inteligentes á su respecto. Digno rival de Massini y de Stagno, los supera en la diccion dramática, en la fuerza de la expresion, en la manera de interpretar. Su retrato debe figurar en esta seccion de *Caras y Caretas*, en la que nos proponemos que solo figuren los artistas de mérito.

JOSÉ OXILIA

Kaschmann ha debutado con *Rigoletto*. El éxito del simpático artista ha sido estruendoso y merecido. Aunque con menos voz que hace dos años, sorprende siempre por su arte consumado y por sus creaciones admirables en ciertos y determinados papeles.

En el próximo número publicaremos su retrato.

San Felipe, ha reabierto sus puertas, y con exito. La pequeña, pero hermosísima sala, se vé repleta todas las noches. Decididamente hay público para todo.

El que acude á San Felipe aplaude justicieramente á la señora Plá, una buena actriz que no tiene mas defecto que el de haberse dedicado á la zarzuela. En *Marina*, en *Tempestad*, en *Las Dos Princesas*, y en *Campanone*, la simpática tiple ha llamado la atencion.


JOSEFA PLÁ

En el Teatro Popular, se ha estrenado otra compañia de zarzuela, que reemplaza á la dramática de los hermanos Faleni.

En cambio en Solis no se estrena nada absolutamente, y segun todos los síntomas, en todo el mes de Agosto no habrá espetáculo en el primero de nuestros teatros.

CALIBAN

SPORT

Buenas, buenas, buenas, han sido las carreras últimas. — Hacia tiempo que no tenia el gusto de presenciar una fiesta hípica semejante. Todo contribuyó á darle realce: un dia espléndido, una concurrencia numerosa y selecta, y un programa escepcionalmente interesante.

En la primera carrera (1200 metros) *Pavarle* hizo punta, pero en el codo se reunió á ella todo el grupo de sus contrarios. Breves momentos de lucha decidieron el triunfo por *Cateinin* que llegó holgada á la raya. —Tiempo: 1.16 2/5.—*Cormeilles* entró segundo.

Odalisca forzó el tren en el Premio Agosto, distanciándose enormemente en la primera media vuelta de *Coqueta*, que era la favorita, de *Remington*, *Farsita* y *Murat*. Pero al llegar á lo de Cuntin, *Farsita* inició una atropellada formidable con éxito completo; *Remington*, que era mi candidato, empezó á correr despues del codo, ocupando el segundo puesto.—Tiempo, en la vuelta, 1.54 3/5.

El *Premio Excelsior* no fué tan *chacamento* como se creia. Ganó *Twin*, con un tiempo de 1.4 en los 1000 metros, pero al final de la carrera *Ráfaga* le alcanzó, y si no la quebró fué por faltarle tiempo en tiro tan corto.

Las dos carreras mas interesantes, fueron, sin duda alguna, las últimas. El Premio Sarandi fué disputado por doce caballos, entre los cuales, tres, yá celebres en Europa. Aprovechando un buen momento, el *starter* Rodriguez Larreta bajó la bandera, y el peloton se puso en movimiento en pós de *Górdon*, *Oriental* y *Guerrillero*, que tomaron la punta. *Oriental* hizo el tren en los primeros mil metros, siendo alcanzado á esa altura por *Exmoor* y *Delfin* que ocuparon respectivamente el primero y el segundo puesto en la carrera Al pasar por primera vez frente al palco, los *leaders* forzaron el tren, pero á la altura de los 1200 metros, *Guerrillero* desarrolló su accion vigorosa y rápida, batiendo á todos sus contrarios, tras breves momentos de lucha. Alcanzó el triunfo por tres ó cuatro cuerpos de ventaja, llegando segundo *Delfin*, un *vutsider* que desbarató en parte un pronóstico del número anterior, pues *Buricayupí* solo consiguió entrar tercero y *Górdon*, cuarto. Tiempo en los 3000 metros 1.16 4/5.

La última carrera, se redujo á un *match* entre *Solitarlo* y *Aventurero*, despues de la vuelta primera. En el camino quedó el tendal de los demás competidores: *Dorotea* se llevó una valla por delante, y cayó arrastrando á su jockey; *Phoqué* se resistió á saltar, quedando eliminado de la carrera y *Vanguardia* se aplastó despues de los 2000 metros.—El *Stud Charrúa* obtuvo su segundo triunfo del dia con este premio.

Hasta el 31 del corriente no hay otra fiesta hípica. Estamos por consiguiente, á dieta de emociones *sportivas*.—Veremos como se llena el programa de las carreras próximas, para abrir juicio en el próximo número sobre las inscripciones que se hagan.

PIO

MENUDENCIAS

Siguen las *llapas*.

A las numerosas que vamos ofreciendo á nuestros suscritores, siempre en el deseo de hartarlos de gusto, tenemos qué agregar hoy, dos mas.

Luis Cardoso y Carvallo y Rafael Fragueiro, colaborarán en la novela *Por seguir á un galgo*, además de los señores que ya nombramos, al dar cuenta, en el número anterior, de nuestro proyecto de novela.

Los nombres de los nuevos colaboradores son harto conocidos entre la gente de letras, para que necesitemos *munirlos* de elogio.

De muestra puede servirles el *Capítulo primero*, encomendado á lo pluma del señor Cardoso, que por combinacion de última hora sustituye al señor Artal, encargado, como dijimos, de la confeccion del primer capítulo.

* * *

Yo sé de una muchacha
jóven y rica y de arrogante facha
que se muere de amor por un muñeco
feo, pobre y enteco.
Sea ciego el amor, si es puro y santo,
pero ¡por Dios! no tanto.

* * *

En la plaza Constitucion, un carruaje derribó el lúnes un farol, partiéndole además por mitad de la columna.

Si á esto se agrega que *el farol* de Buenos Aires (a) Juarez Celman, se tronchó tambien, y que ha cesado en su publicacion *La Linterna*, semanario que aparecia en esta, resulta que este mes ha sido funestísimo para los aparatos de alumbrado.

* * *

Sin que haya razon fundada
ni se sepa por que ha sido,
una mujer muy honrada
abandonó á su marido.
¡Qué bobada!

A nadie mas que á las siguientes personas, dedicó el característico de la compañia que actuó en el *Teatro popular*, su funcion de gracia:

Saturnino Reyes, Juan J. Illa, Patricio Meneses, Alejandro Ortiz, Fermin Olivera, Lorenzo Mussio, señor Avegno (cOmisarío) Juan Aubriot, Fortunato Bonifacio, Juan J. Siri, Cesar Savini, José Benino, Ernesto Tuvini, Benigno Medina, Pedro hurrut, Rossi Hnos., Miguel Reyes, José Achard Hnos., señor Calcagno, Pedro Morilla, Carlesi y Argeli, Ricardo y Juan Benusa, Lúcas y Leandro Pereira, Francisco Peluffo, Octavio Olivera, Emilio Testuz, Bernardo Aguerre, Pablo Roure, Domingo Santos, Francisco Siocca, Juan Calafat, Egidio Turini y señor Capurro.

¿No hubiera sido mas breve dedicar el beneficio al Censo de la poblacion y pueblos limítrofes?

* * *

Cien mil francos de un golpe (me parece
que no es grano de anis)
segun dicen, ofrece
la Academia de Ciencias de París,
al guapo que presente una Memoria
donde conste un remedio contra el *morbo*,
y el dichoso mortal obtendrá gloria
y una fortuna tragará de un sorbo.
Voy á enviar un plan á ver si cuaja
(que bien pudiera ser)
y como ese dinero entre en la caja....
¡no son reformas las que voy á hacer!

* * *

Ahí ván unos cuantos *colmos*, para que haya de todo:

El de la fundicion: Hacer una caldera de metal... de voz.

El de la habilidad odontálgica: Extraer una muela de la boca... del estómago.

El de la agricultura: Trillar en la era... cristiana.

El de la cirujía: Hacer la autopsia al cuerpo... del delito.

El de la pedagogía: Dar lecciones á las niñas... de los ojos.

El de la devocion: Rezar con el Rosario... de Santa Fé.

El de los negocios teatrales: Contratar por una temporada á la Compañía... Nacional de Crédito y Obras Públicas.

* * *

—¡Cómo está el gremio de dentistas! ¿Querrá usted creer que me han llevado cinco pesos por extraerme una muela y no tardaron mas que cinco minutos en la operacion?

—¡Qué barbaridad! A mi no me costó mas que quince reales y eso que me tuvieron que arrastrar por toda la casa.

* * *

En la imposibilidad de servir colecciones completas de los números publicados, por haberse agotado la edicion de los primeros, rogamos á los numerosos señores que nos las tienen pedidas, se sirvan esperar la reimpresion de dichos números, que será hecha muy en breve.

¡No ha de ser tan breve la conversion del papel moneda!



C. K.—Porongos—Recibi importe de las cuatro suscriciones. ¡Dios se lo pague!

F. G.—Melo—*Me lo* comeria à V. á besos por su actividad y entusiasmo. La distancia le libra à V. de este atentado contra su pudor.

L S.—Tacuarembó—¿Què si puede mandar el importe en timbres? Si, hombre, sí, aunque sea en garbanzos, con tal que sean de buen çocer.

Clemente... X.—Paysandú—Entre su nombre y su condicion hay un abismo. Créame V. que sus versos asesinan á cualquiera.

E. J.—Salto—Cumplida su órden.

A. P. N.—San José—Idem idem.

N. H,—Canelones—Idem idem.

P. T.—Las Piedras—Idem idem.

E. L.—Rivera—Es mucho aviso el que píde y poco dinero el que ofrece. Ocho espacios por cuatro publicaciones, son cien pesos. ¡Ni un real menos!

Séneca chico—Montevideo—¡Y tan chico! No se le vé ni con microscopio. ¡Qué prosa!

Careta—Montevideo—¿Quiére usted un buen consejo? No escriba ni á la familia. Su falta de gramática es mayor que la de sentido camun. ¡Y cuidado que esta es grande!

P. Pito—Montevideo—El asunto es más viejo que don Fernando Torres. Ademàs, está mal escrito. ¡Mire usted si tiene inconvenientes!

Macanudo—Montevideo—Pura paja. (No crea que me refiero á la que debía usted comer).



URUGUAY 99

Su martillo ha demostrado
que, de todos los que hay,
es el mas afortunado,
pues con él ha rematado
la mitad del Uruguay.





25 de Mayo esquina Cámaras

Hace calzado á medida,
á unos precios muy baratos,
y es la *casa preferida*,
por ser la mejor surtida
en botines y zapatos.



SARANDÍ 347

Para hacer un buen regalo
véte á Sienra sin dudar,
porque Sienra, en su Bazar,
nunca tuvo nada malo.

La Bodega



ZABALA 95

Si te dice un bebedor
que en la casa de Orejuela
no existe el vino mejor,
le puedes decir, lector,
que se lo cuente á su abuela



Peluqueria

18 DE JULIO NÚM. 5

Nadie á pelar le aventaja,
y afeitando es tan artista,
que al filo de su navaja
no hay pelo que se resista.



Zabala 154

Llevó el martillo á Maeso,
en campaña provechosa
y no les digo otra cosa,
porque es bastante con eso.



Uruguay 178

Es un médico especial,
de quien diria cualquiera
que ha encontrado la manera
de hacer al hombre inmortal.



Fotografia Inglesa

Rincon 176

Fotografía especial,
en que se cópia á la gente,
tan perfectísimamente,
que parece natural.





Misiones 118

Enseña el piano tan bien
y la música tan pronto,
que en tres meses al mas tonto,
le convierte en *Rubistén*.



CALLE 18 DE JULIO N.os 146 Y 148

La Urgente

Empresa de Encomiendas

CERRITO 207

La Empresa que te presento
te ruego, lector, que atiendas,
porque hace las encomiendas
con la rapidez del viento.



Convencion 267

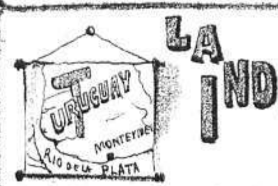
Con poco que quiera usté,
desalojar el bolsillo,
se dá facilmente el brillo
de no caminar á pié.



25 de Mayo 370

Pasteles y confitura
y dulces de los mejores;
en esta casa, señores,
es todo vida y *dulzura*.

La Industrial



Treinta y Tres 216

El que rije *La Industrial*
es, como saben, señores,
el Capitan General,
de nuestros rematadores.

Brillante Sol



25 de Mayo 290

Reflejan con tanto brío,
y lanzan tan buena luz,
que trastornan el *sentio*,
como dijo un andaluz.

Eduardo Zorrilla y Ca



Ibicuy 257

Remata indistintamente,
todo lo que el gremió abraza,
pero muy especialmente,
los animales de raza.



Rincon 286

Las hago tan españolas,
y con tan buenas maderas,
que acompañan ellas solas
para cantar *peteneras*.



Asuncion (Aguada)

Me comprometo á probar
que mejor que esta cerveza
no la ha tomado Su Alteza,
el Príncipe de *Bismar*.

Tupi-Nambá

Buenos Aires frente á Solis

Nunca dijerir podrá
con facilidad usté,
sino toma del café
que sirve el Tupí-Nambá.



Dentistas Norte-americanos

CÁMARAS 163

Gracias á los especiales
estudios de Prince é Hill,
pueden comer mas de m l,
con sus dientes naturales.

El Revoltijo



Bacacay 7

Se pueden lograr tres fines
en esta casa, lector:
beber bien, fumar mejor,
y lustrarse los botines.